

Vulnerabilidad humana e identidad católica: claves para una sociedad más humana

*Human Vulnerability and Catholic Identity:
Keys to a More Human Society*



Javier Ros Codoñer

Doctor en Sociología, investigador principal del grupo «Vínculos interpersonales y sus implicaciones en la familia». Universidad Católica de Valencia «San Vicente Mártir» (Valencia, España); Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II sección extra-Urbana (Valencia).

Correo electrónico: javier.ros@ucv.es.



ORCID: 0000-0002-6663-348X

Resumen

El presente artículo indaga algunos de los elementos sociales que tras el confinamiento debido a la pandemia de covid-19 han aflorado y consolidado en un nuevo escenario social, así como las líneas maestras que desde la identidad católica se hacen imprescindibles para abrir vías hacia una sociedad donde lo humano pueda desarrollarse en todos los ámbitos. La enfermedad, la impredecibilidad y la vulnerabilidad se han abierto paso al tiempo que el Estado y las redes tecnológicas globales buscan afanzarse como pretendidos y únicos garantes de las relaciones sociales. Frente a ello, la Iglesia católica es capaz de aportar su sabiduría de origen trascendente aquilatada en siglos de experiencia pues siendo fiel al mensaje evangélico recibido, es capaz de erigirse en referente moral que nos permita repensar los nuevos escenarios sociales desde una fe, una esperanza y una caridad encarnadas en actitudes personales. Actitudes personales que, fraguadas en la comunidad cristiana bajo el modelo de las denominadas minorías creativas, trascienden la autorreferencialidad y permean el tejido societario haciendo frente a los paradigmas tanto individualistas como colectivistas siempre enemigos de la verdad del hombre y de sus relaciones.

Palabras clave

Pandemia, confinamiento, sociedad, Estado, Iglesia católica.

Abstract

This article investigates some of the social elements that, after confinement due to the COVID-19 pandemic, have emerged and consolidated in a new social scenery, as well as the main lines that from the Catholic identity become essential to open paths towards a society where the human can develop in all areas. Disease, unpredictability and vulnerability have made their way as the State and global technological networks seek to establish themselves as the intended and only guarantors of social relations. Faced with this, the Catholic Church is capable of contributing its wisdom of transcendent origin assessed in centuries of experience because, being faithful to the received evangelical message, it is capable of establishing itself as a moral reference that allows us to rethink new social scenarios from a faith, a hope and a charity embodied in personal attitudes. Personal attitudes that, forged in the Christian community under the model of the so-called creative minorities, transcend self-referentiality and permeate the societal fabric, facing both individualist and collectivist paradigms, always enemies of the truth of man and his relationships.

Key words

Pandemic, confinement, society, State, Catholic Church.

Introducción

La vulnerabilidad no es una debilidad, una indisposición pasajera o algo de lo que podemos prescindir. La vulnerabilidad no es una opción. La vulnerabilidad es la perdurable corriente subterránea, siempre presente, de nuestro estado natural. Querer escapar de la vulnerabilidad es querer escapar de lo que es esencial en nuestra naturaleza; intentar ser invulnerable es probar vanamente de convertirnos en algo que no somos y, más especialmente, de cerrarnos la puerta a la comprensión del dolor de los otros David WHYTE. Vulnerabilidad.

Con estas líneas comienza el poeta británico David Whyte (1955) su poema *Vulnerabilidad*. A través de ellas se trasluce, a la vez, una llamada de atención y una puerta a la esperanza. Una llamada de atención porque nos coloca ante una de nuestras realidades más profundas que tantas veces se nos olvida: somos frágiles y limitados, pero además de forma sustancial. Una puerta a la esperanza porque es precisamente en esa vulnerabilidad donde podemos encontrarnos a nosotros mismos y al «otro».

Se trata de una cuestión, la de la vulnerabilidad, de máxima actualidad que se hace insoslayable en la situación social actual derivada de la pandemia causada por la covid-19 y el subsiguiente confinamiento al que todos nos hemos visto sometidos.

El análisis y la prospectiva de la situación en la que nos hallamos sumidos son muy complicados pues son muchos los factores que entran en juego, tanto en el desarrollo de esta pandemia como en su afrontamiento social. Sin embargo, es evidente que estamos en una crisis global que va a reconfigurar nuestro sistema social, político y económico. Estamos insertos en un panorama de cambio social muy importante que se constata en realidades muy inmediatas y evidentes, pero también en leves modificaciones que van a venir poco a poco y que, subrepticamente, se introducirán en nuestra cotidianidad sin apenas darnos cuenta.

En este contexto aparece el imperativo reflexivo, pero no en la clave individualista que apunta Giddens (1994), sino en el contexto social y comunitario. La crisis nos está invitando a repensar la sociedad que queremos. El confinamiento al que hemos sido sometidos y en el que, de nuevo, de alguna forma, estamos experimentando nos ha abierto un espacio inigualable para la reflexión y el replanteamiento de la realidad en la que vivimos y en la que, tantas veces, «se nos hace vivir». Estamos seriamente invitados a repensar la sociedad en la que vivimos para caminar hacia la sociedad en la que queremos vivir.

En esta responsabilidad cabe hacer un recorrido analítico y propositivo que nos proporcione

pistas para llegar a algunas conclusiones que se entrelacen como propuesta operativa para la construcción, o quizás reconstrucción, de una sociedad más humana (Donati, 2019). La crisis originada por la pandemia no está habitada únicamente por la desolación fruto de la enfermedad y de la muerte, sino que se constituye en un momento favorable para dar una respuesta de esperanza que el hombre de hoy necesita desde nuestra vocación investigadora y docente, pero, sobre todo, desde nuestra identidad cristiana y eclesial. Repensemos nuestra sociedad porque si no lo hacemos nosotros otros ya lo están haciendo bajo los parámetros del poder, sea este político o económico, pues tal y como muy bien expone Klein en su teoría del «capitalismo de shock» (2007), los momentos de las grandes crisis son aprovechados por las élites como oportunidad para extender su visión del mundo y mejorar su situación a costa del resto.

Una mirada a la sociedad tras el confinamiento

Se nos ha dicho hasta la saciedad que nuestra vida era nuestra, que éramos los constructores de nuestras decisiones y que el ser humano se encontraba a las puertas de unos niveles de libertad inimaginables hasta el momento. Sin embargo, la realidad es pertinaz, hemos asistido al confinamiento casi global de la población en sus domicilios, se evidencia que somos incapaces de avanzar escenarios seguros tan solo para unos días y que la salud depende de nuestras actitudes individuales, pero, sobre todo, del sentido de comunidad que tengamos.

La enfermedad ha hecho su aparición y se ha producido la gran alarma en la «gran diosa» a la que ha sido elevada la salud (Han, 2014b). En las últimas décadas el concepto de salud se ha subjetivizado transformándose en un emotivo «estar en forma», en el cual nunca es suficiente el estado físico en el que nos encontremos pues la meta a alcanzar se aleja constantemente arrastrada por las modas y el consumo. La vulnerabilidad se ha hecho patente en la corporalidad, que en esta modernidad avanzada se ha convertido en la única frontera entre un yo meramente biológico y la inseguridad exterior (Bauman, 2004).

La modernidad líquida (Bauman, 2014) ha entrado en crisis claramente. Se analizaba la sociedad como ese lugar donde el que se hace volátil vence, donde el que va rápido consigue más, donde el trabajo se hace no presencial y la emotividad se erige en guía de las conductas. No es así. Observamos como la primera línea frente a la pandemia no se ha encontrado en estas premisas construidas en los laboratorios de ideas de la posmodernidad, sino todo lo contrario. Nuestro sistema de convivencia, de supervivencia diría yo, se asienta en aquellos que están a «pie de obra»: los sanitarios, los transportistas, los dependientes de supermercados, los trabajadores de la limpieza, las fuerzas de seguridad... Se hace evidente que la economía real, la del trabajo en «el tajo», es la verdaderamente imprescindible y es la que sustenta, con su esfuerzo, las evanescencias fluidas y libertarias de las élites. Junto con ello, sí que es cierto que hay una clara brecha entre quienes pueden estar más «protegidos» por su trabajo a distancia y aquellos que

siguen en la cadena de montaje, en la obra o de aquellos sanitarios que han tendido la mano al que su familia no ha podido acompañar en el momento decisivo.

La pandemia ha puesto de manifiesto la gran falsedad que se esconde tras el individualismo contemporáneo que se basa en una supuesta capacidad infinita de elección del sujeto-yo, un sujeto que pretende anclar su existencia en «un mínimo de coacciones y el máximo de elecciones y deseos con un mínimo de represión, y con la mayor comprensión posible» (Lipovetsky, 2003, p. 39). Las teorías sociales prevalentes, que posteriormente se traducen en acción política y social, vienen marcadas por antropologías desocializadoras; se ha favorecido la pérdida de las relaciones sociales a través de tres mecanismos claros como son la soledad, las relaciones vacías de contenido auténtico y el debilitamiento de las instituciones y de los mecanismos comunitarios (Fforde, 2013).

No son pocos los peligros que en la modernidad avanzada acechan al desarrollo de una sociedad de lo humano (Donati, 2019; Ros, 2017) y que, además, en estos momentos de gran incertidumbre social, se acrecientan y pugnan por reconfigurar el panorama social con base en sus presupuestos autorreferenciales. Vamos a centrarnos en dos esferas concretas ampliamente interconectadas: el Estado y la tecnología.

En las últimas décadas hemos asistido al crecimiento desbocado del poder estatal, concretamente en Europa, pero especialmente en España, a través de todo tipo de leyes, normas

y reglamentos que incluso se introducen vorazmente en la esfera privada. Vivimos en una sociedad cada vez más hipernormativizada con el supuesto fin de preservar la convivencia. Se llega, incluso, al punto de querer regular, en nombre de no se sabe muy bien qué derechos humanos, hasta la educación en el seno de la familia.

Parece como si el resto de las esferas sociales al margen del Estado no existieran y, si existen, lo son en contra de la persona. No son pocas las veces que se percibe al empresariado como el enemigo a batir por explotador, a las familias como cercenadoras de la libertad de sus miembros, a la Iglesia como represora y anclada en cuestiones obsoletas... ¡Cuidado con el Leviatán! El poder, que es lo propio del Estado, como muy bien describió Weber (1993), se alimenta de más poder, y para eso necesita sustraerlo de cualquier otro ámbito social. No nos dejemos manipular, es necesario sacar a colación la gran cantidad de empresas que se han puesto rápidamente al servicio de todos de diversas formas, la importancia de la familia acompañando a sus miembros más débiles en estos momentos, al tiempo que mostrar a la sociedad civil movilizada a través de los colegios de médicos y enfermeras, de las asociaciones profesionales, del mundo de la cultura y la educación, de la Iglesia...

Leviatán amenaza con crecer y crear una gran masa de individuos dependientes de su «prodigalidad»: la renta mínima perpetua, la sanidad pública como única opción, la intervención de la vivienda privada, las ayudas de reconstrucción en educación asignadas preferentemente a colegios estatales... En medio de esta situación

vírica, muchos de los medios de comunicación mayoritarios, como voceros del Leviatán y practicantes de una especie de *agitprop* totalitario, han jugado y juegan a justificar todas y cada una de las medidas tomadas, a blanquear las deficiencias en la gestión e, incluso, a justificar, y algunos medios a participar directamente, en la pretensión estatalista de intervenir nuestras comunicaciones, nuestra libertad de expresión a través de las redes sociales (Ollero, 2020b).

Ciertamente el papel del Estado en estos momentos ha sido y es decisivo, debe velar por el bien común; pero aprovechando las circunstancias busca el afianzamiento de sus estructuras de poder y control sobre la sociedad. La primacía del Leviatán es históricamente insostenible y, si no, véase el absolutismo, pero también el fascismo, el nazismo y el comunismo. Todo lo anterior, unido a dos preocupantes variables: el control social por parte del Estado es cada vez más fácil a través de los medios electrónicos y, este, se ejerce de tal modo que la ciudadanía se convierte en un «enjambre digital compuesto por individuos aislados que son incapaces de estructurarse por completo, que no son capaces de desarrollar un “nosotros”» (Han, 2014a, p. 25). Una ciudadanía con graves deficiencias en su capacidad crítica, asediada por líderes seductores de todo tipo que, apelando a las emociones y a las pasiones, hacen que esta se mueva cada vez más por las tendencias y menos por razones más o menos virtuosas. Una ciudadanía que no es capaz de detectar el *soft power* que sobre ella se ejerce.

Nos encontramos con una sociedad y un Estado que se mueve descaradamente en lo políti-

camente correcto y ello en connivencia con los grandes intereses económicos. Lo políticamente correcto, que, como una nueva censura del siglo, es la mordaza que se cierne sobre la libertad de expresión y de cátedra, que busca atezar la objeción de conciencia e incluso la misma libertad de pensamiento. Lo políticamente correcto que participa del pensamiento único, ese que va produciendo una especie de prisión en la que los propios ciudadanos se convierten en agentes policiales sobre el resto. Lo políticamente correcto, ese constructo falaz del neoestructuralismo francés y de la Escuela de Fráncfort que ha subyugado a Estados Unidos y Europa con su falsa idea de libertad desgajada de la verdad, que ha inundado la cultura popular y que nos aliena de la verdadera realidad profunda del ser humano.

En esta situación no se pueden olvidar dos cuestiones fundamentales que han emergido como decisivas en la situación actual. La primera es el miedo. En cualquier grupo humano las situaciones de peligro hacen crecer el miedo y este es el mejor aliado del poder político para que se le entregue el control total como único y seguro salvador. Un miedo que nace de la incertidumbre que en estos momentos es muy alta y se abre en frentes muy variados: las posibilidades de contagio y sus inesperadas consecuencias, la capacidad de movilidad y reunión así un posible segundo aislamiento, la efectividad real de las medidas, el trabajo, la posibilidad de la asistencia a las parroquias... De ahí que, para un Estado que pueda tener la tentación de crecer desmesuradamente, cuanto peor, mejor. La segunda cuestión hace referencia a la posverdad, ese concepto del neo-

lenguaje al que normalmente se le ha llamado «mentir». No obstante, la denominada posverdad es más peligrosa que la mentira, pues diluye la diferencia de esta con la verdad y encamina a la ciudadanía a través de una comunicación política mayoritariamente basada en los volubles intereses de los actuales partidos políticos e instrumentalizada a través de las emociones. No hay que olvidar tampoco en este desarrollo de la posverdad la avalancha de información que facilita el pensamiento divergente, pero genera grandes dificultades a la hora de establecer pensamiento convergente que nos permita realizar síntesis para comprender la realidad.

Junto con estas reflexiones acerca de los peligros que acechan a la sociedad de lo humano desde el Estado, no se puede olvidar la esfera de la tecnología, pues en estos momentos está siendo una de las grandes protagonistas en el afrontamiento de esta crisis. Las nuevas tecnologías de la comunicación y la información han sido decisivas en este tiempo para mantener de algún modo las relaciones, para que el país siguiera en marcha en la medida de lo posible y para llevar adelante la gestión de la pandemia. La docencia ha podido seguir *online* en muchos casos, hemos aprendido que existe algo que se llama *Zoom* o *Meets* que nos permitía hablar en grupo con los familiares y amigos o hacer esta conferencia. El confinamiento ha sido un momento mágico de explosión de las grandes posibilidades de la tecnología en el ámbito del teletrabajo y de las relaciones humanas. No hay vuelta atrás, podemos decir que hay claramente un antes y un después del confinamiento respecto a la implementación de las nuevas tecnologías en la cotidianidad.

Con todo y con ello, no podemos perder de vista los riesgos que se asumen al permitir la entrada masiva de «lo digital» en todas las esferas de la vida. Como muy bien ha analizado Shoshana Zuboff (2020), estamos viviendo un momento de gran expansión de lo que ella ha venido en denominar el «capitalismo de vigilancia», en el cual la materia prima son los datos que proceden de la vigilancia de los comportamientos que tenemos a través de la red. Con esta ingente cantidad de datos y, además, casi en tiempo real, las grandes multinacionales del sector pueden llevar a cabo mediante procesos de análisis algorítmico pronósticos de todo tipo que, junto con los propios datos, salen al mercado. Dado que el *online* se ha hecho imprescindible si cabe todavía más con esta pandemia, nuestra vida se ha convertido en un producto a la venta. Este capitalismo no expolia los medios que destruyen el planeta, sino que expolia a las personas y nos arranca la intimidad, ese espacio que es nuestro hogar moral y que, en una gran medida, nos hace humanos.

Las redes sociales han conseguido que nos «desnudemos» voluntariamente en ellas bajo la falsa ilusión de la libertad y del reconocimiento social, en aras de una supuesta autenticidad que tantas veces no es más que un narcisismo exacerbado totalmente alejado de la realidad. ¡Cuidado pues! La red no es un espacio público, sino que se trata de un espacio en manos privadas, como ha demostrado *Twitter* con la censura que recientemente ha implementado, e invadido por el *ego*. No nos dejemos deslumbrar por las bondades de la tecnología sin más. Por poner un

ejemplo, gran parte de la costa de la ciudad de Toronto implementó hace unos años un modelo de ciudad inteligente gestionada por *Alphabet*, sin embargo, el experimento duró dos años a causa de las grandes dudas que generaba el acceso masivo de la empresa de California a todos los datos de sus habitantes (Klein, 2020). Con la nueva situación generada, las grandes empresas del sector como son *Google, Apple, Amazon, Alibaba...* están creando potentes alianzas con los gobiernos, con el fin de facilitar a través de sus tecnologías el seguimiento de la epidemia (Pérez Colomé, J., 2020) y la gestión de esta (Klein, 2020). Pero del mismo modo, la gran aceleración del uso de los instrumentos digitales en la educación ha llevado a que masas ingentes de información y de recursos educativos digitales se hallen en las grandes bases de datos de *Microsoft* o de *Google*. De hecho, el Fiscal General de Nuevo México ha imputado el pasado 20 de febrero a *Google* por espiar a los niños a través del uso que estos hacían del famoso buscador (Ollero, 2020a). Cabe interrogarse seriamente si vamos hacia un feudalismo digital (Han, 2020).

Identidad

No podemos escapar a la vulnerabilidad, como apuntaba Whyte. La incertidumbre, las corrientes subterráneas de poder, las limitaciones de la acción humana, los errores de juicio... Todo esto, la pandemia lo ha sacado a la luz. También han sido enormemente destacables la bondad y el buen hacer de tantos profesionales, la capacidad de movilización de la sociedad a todos los niveles, la pronta respuesta de los docentes ante el inespe-

rado reto... Es en este contexto donde el Espíritu interpela a la Iglesia mediante los «signos de los tiempos» (*Gaudium et spes*, n.º 4), para que desde su identidad más clara sea Madre y Maestra.

A finales del siglo pasado Rodney Stark publicó un texto muy interesante en el cual analiza las claves del desarrollo del primer cristianismo, además de aunar magistralmente los elementos históricos con el análisis sociológico. La obra *La expansión del cristianismo: Un estudio sociológico* (1999) indagaba las causas que llevaron a la fe cristiana a convertirse en un fenómeno social de gran magnitud en el Imperio romano a finales del siglo tercero cuando a principios de ese mismo siglo tan solo era una realidad marginal, numérica y cualitativamente hablando. El autor norteamericano apuntaba múltiples causas, pero hay una que destacaba entre las demás y que, a fecha de hoy, nos puede llevar a plantearnos la autenticidad de nuestra fe y la misión a la que estamos llamados.

A lo largo del siglo tercero fueron varias las epidemias que asolaron Roma, de las que se destaca la peste de Cipriano allá por el 250. Atendiendo a las fuentes, Stark describe cómo en medio de la pandemia, los paganos abandonaban a sus enfermos por miedo al contagio, huían a sus villas y sus oraciones a los dioses no surtían efecto. Mientras esto sucedía, los cristianos fueron capaces de permanecer. Permanecieron atendiendo a los infectados, procurándoles cuidados higiénicos básicos y rezando con y por ellos. Esto hizo que las tasas de supervivencia de los enfermos acompañados por el Pueblo de Dios fueran mayores, lo que condujo al posterior crecimiento

del cristianismo por simples causas demográficas. A ello se unió la conversión masiva de los paganos, que, en una sociedad abierta a la trascendencia, percibieron que ser cristiano suponía un estilo de vida más humano: nuevo, en definitiva.

La presente pandemia nos abre una oportunidad única para replantearnos como cristianos varias cuestiones. Es necesario tener claro que nuestra fe no es una filosofía ni una ideología elaborada por mentes pensantes o fruto de proyecciones más o menos históricas para alienar y adormecer a las personas. Nuestra fe se ancla en un acontecimiento histórico que se llama Jesús de Nazaret y, por tanto, es un encuentro con el Resucitado. Encuentro del que brota una experiencia capaz de reconfigurar nuestra vida y de generar relaciones sociales siempre nuevas y fecundas. En el mismo sentido, nuestra fe es la experiencia de que Dios actúa en la historia, tanto en la de cada uno como a nivel social. Una historia que se ilumina por la Palabra y una Palabra que se va desarrollando de múltiples modos en la historia. Una historia en la que Dios siempre juega a nuestro favor.

Con este punto de partida, tenemos claro que los acontecimientos no suceden por casualidad, ni son fruto del destino ni, en última instancia, únicamente dependen de las acciones de los hombres. Frente a los ideólogos de la modernidad y la posmodernidad afirmamos con rotundidad que el ser humano no es la medida de todas las cosas y que la realidad no es únicamente un proceso de construcción social. La vida, la realidad es un don y como tal estamos llamados a acogerlo. La historia es el lugar donde Dios constantemente habla e interviene en las situa-

ciones concretas de cada hombre, este actúa con una libertad herida y el mal, sí el mal, no digo demonio porque es políticamente incorrecto, incluso a veces para algunos cristianos, nos acecha con sus insidias.

Pero pasemos al meollo del asunto. Creo que debemos abordarlo desde una doble perspectiva: *ad intra* y *ad extra*. «Hacia dentro» hemos de cuestionarnos qué nos están queriendo decir todos estos acontecimientos como cristianos, a cada uno personalmente pero también como Pueblo de Dios llamado al amor y la unidad como imagen de la Trinidad. «Hacia fuera» cabe plantearse cómo anunciar el Reino en estas condiciones, cómo ser testigos de esperanza, en expresión del cardenal Nguyễn Văn Thuận (2004), qué novedad aportamos hoy a nuestros contemporáneos.

Miremos primero en casa. Aunque los templos siguieron abiertos durante el estado de alarma y los sacerdotes en activo, nos quedamos sin poder asistir presencialmente a la Eucaristía, la Semana Santa fue *online*, no hubo catequesis, ni posibilidad de que se reunieran los grupos parroquiales de jóvenes, de matrimonios... ¡vamos!, que los planes de pastoral saltaron por los aires y comulgar físicamente estuvo en *standby*. La pregunta fundamental es ¿A mí esto cómo me afecta? Porque si me da igual o no hay un anhelo de la Eucaristía y de la vida comunitaria, debemos plantearnos los motivos de nuestra asistencia regular a todo lo mencionado anteriormente. ¿Realmente tengo una vida de fe por haber tenido un encuentro personal con Cristo? Quizás habrá que ver si nuestra vida parroquial

o en los distintos movimientos de la Iglesia responde más bien a la costumbre, a estar con los amigos, a que todo el mundo me valore por ser un buen catequista o cosas por el estilo.

Es momento de escrutar los corazones, de penetrar en el castillo interior (Teresa de Jesús, 1969) en busca del Amado y darnos cuenta, con san Agustín, que tantas veces buscamos fuera a quien está en lo más profundo de nosotros mismos, esa «Hermosura tan antigua y tan nueva» (1938, p. 258).

Nos hallamos en pleno desierto que, como todo en Cristo, es tremendamente fecundo. Es el tiempo de ahondar en las motivaciones de nuestra fe, de valorar ese tesoro por el cual vale la pena venderlo todo y comprar el campo en el que se esconde (Mt 13,44). Es tiempo de purificar razones y acciones. No se trata tanto de acudir a diversos actos litúrgicos y pastorales, que en ocasiones se convierten para algunos en auténtico «turismo espiritual», cuanto de vivirlos en la profundidad que tienen y dejarnos afectar por ellos en nuestra vida. Fueron días de oración y contemplación de la acción trinitaria en la historia: qué me está diciendo Dios concretamente a mí con este «arresto domiciliario».

Es necesario también apereibirse de la importancia de la familia como Iglesia doméstica. Ha sido un momento precioso para participar con Dios en la transmisión de la fe a nuestros hijos. La difícil situación ha sido la ideal para que nuestros hijos vean cómo vivimos desde la fe los acontecimientos, cómo somos capaces de vivir con esperanza todo esto. Ha sido una oportunidad

de reencontrarnos con la cotidianeidad familiar, tan rica en ocasiones educativas y en espacios de intimidad donde abrimos a la trascendencia desde lo sencillo. Todo ello sin olvidar a tantas familias que están sufriendo por la enfermedad y la pérdida de sus seres queridos o aquellas que, teniendo que ir los padres a trabajar y estando los hijos en casa, han pasado momentos verdaderamente complicados.

La enfermedad y la muerte se hacen presentes más que nunca en esta sociedad que intenta ocultarlas y obviarlas. De hecho, todos fuimos reclusos en nuestras casas para no cruzárnoslas por el camino de ser posible. En esta situación nuestros mayores se nos han hecho especialmente presentes, pues ante el virus han sido y están siendo los más indefensos. Nuestra cercanía, del modo que sea, es imprescindible, es necesaria para confortarlos, pero tanto o más importante es nuestra oración por ellos, así como ayudarles a vivir este inesperado escenario como lugar de encuentro con Jesucristo. Al mismo tiempo está siendo una oportunidad para recibir el testimonio de su fe, que tanto nos construye.

En este contexto, la Iglesia militante ha tenido una oportunidad única de participar de la experiencia de nuestras hermanas, y hermanos, de clausura. Ellos son el corazón de la Iglesia, los que con su constante oración han apoyado y defendido la acción eclesial. Son ellos, en su contemplación del Misterio, quienes alientan y sostienen toda acción eclesial. Pues bien... ahí hemos estado todos metidos, en ser intercesores, en poner ante las llagas de Cristo el grito de la humanidad entera que ha clamado y clama *tsajená*, «tengo sed».

Es un momento adecuado para plantearnos seriamente como Pueblo de Dios guiado por nuestros pastores, la urgencia de la conversión, la urgencia de ser a lo que estamos llamados: otros cristos (Gal 2, 20). Es urgente tomar conciencia de nuestra identidad cristiana, que no se muda, que no fluye, que no se *aggiorna* por «lo que se lleva», por lo políticamente correcto, sino que, arraigada en la luz de «Quien todo lo puede», es *Esplendor de la verdad* (1993). Urge Cristo. Urge una Iglesia capaz de desligarse de las estructuras del poder temporal (Pérez Adán, 2017) para entregarse por la vida del mundo con total libertad y anclada en la verdad. Una Iglesia que en medio de esta crisis ha estado totalmente silenciada en los principales *mass media* pero que sigue escuchando y atendiendo al débil y al oprimido y, desde lo oculto y con la «ética del cuidado» como telón de fondo (Francisco, 2015), sigue trabajando por el hombre de hoy, atenta a los nuevos desafíos que constantemente están llegando.

Echemos ahora una mirada hacia fuera. Tantas veces hemos descrito a una sociedad cansada, hastiada de tantas experiencias que no la sacian, una sociedad con el consumo de ansiolíticos disparado y con tantas posibilidades de alienación a la carta: el alcohol y la fiesta, los videojuegos, el consumo desenfrenado, las redes sociales, las plataformas de televisión, la pornografía, el mismo trabajo... No cesan de aparecer leyes contra la vida, contra el matrimonio y la familia, no damos abasto para asimilar tantas iniciativas que acechan al hombre. Y ahora, lo que faltaba... el virus y la pandemia... es como un tsunami que arrolla lo que encuentra a su paso. Ante todo

esto, no son pocos los cristianos y gente de bien en los que amanecen signos de desesperanza y, por qué no decirlo, de repliegue y acomodación al *mainstream* cultural.

Estamos en un *kairós*, en un momento propicio. No sé si es la nueva evangelización (Pablo VI, 1975; Juan Pablo II, 1990; Benedicto XVI, 2010; Francisco, 2013) o la Iglesia en salida (Francisco, 2013), eso da igual, lo importante es desplegar ante el hombre de hoy los bienes del Reino. Sin gritos, sin tumulto, sin esperar reconocimiento alguno sino desde la fidelidad a nuestra identidad ¡Iglesia, sé tú misma!

Como cristianos no podemos esperar a que las estructuras, sean sociales o eclesiales, salgan a solucionar los problemas. Todos y cada uno de los bautizados ejerzamos, desde la comunión en Cristo con los pastores, nuestra responsabilidad ante la gracia bautismal recibida más allá de cualquier tipo de clericalismo. No es cuestión de llenar templos ni de volver a épocas pasadas con una nostalgia que no nos deje ver los límites propios de otros momentos de la historia de la Iglesia. Este es el tiempo que nos ha preparado la Providencia para vivir y, en palabras del Santo Padre, no podemos balconear (Francisco, 27 de julio de 2013).

Ya Benedicto XVI en una entrevista del año 1970 veía el futuro de la Iglesia como un pequeño pueblo, como un pequeño rebaño (2017). Es imprescindible que nuestros pastores sigan atentos a discernir la bondad de esos pequeños lugares de encuentro con la Palabra, tantas veces marginales y escondidos, que nos permiten vivir en profundidad el encuentro con el Resucitado

en el seno de la comunidad cristiana. Esta es la clave, las minorías creativas (Granados y De Ribera, 2011) como lo fue el cristianismo en sus primeros momentos. El primer cristianismo, como se ha apuntado arriba, fue capaz de dar la vuelta a la cultura pagana, ¡y empezaron Doce!

Es tiempo de vivir con autenticidad nuestra fe, es tiempo de no amilanarse por lo políticamente correcto, es tiempo de anunciar con nuestra vida sin tapujos ni complejos la Buena Noticia... en nuestros colegios, en nuestras comunidades, en el trabajo, en las conversaciones con amigos y vecinos... En nuestra Universidad. Es momento de mostrar la fuerza de Cristo en nuestra vulnerabilidad, de hacer patente que por encima de la enfermedad corporal lo que verdaderamente acaba con nosotros es la enfermedad del alma. Es momento de reconocer la imagen de Dios que todo ser humano lleva en su interior. Ese es el lugar del encuentro con el hombre: su ansia profunda de verdad, de amor. Ahí conectamos fácilmente.

La fe, que es la certeza del amor recibido, empuja a la Iglesia a vivir en la esperanza, que es la seguridad del amor que será, del amor que es Dios y nunca falla. En medio de una sociedad vulnerable, estamos llamados a ser consuelo de todos y posada donde acoger con el aceite del Espíritu Santo y el vino de la Eucaristía a tantos que vagabundean en su existencia (Bauman, 2009). En estos momentos es acuciante ser-para-otro, ser hospital de campaña (Francisco, 19 de septiembre de 2014) en medio del dolor físico y espiritual que este virus está sacando a la luz en muchos corazones malheridos y con tan pocas defensas espirituales.

Una mirada hacia el futuro

Es momento de repensar nuestra sociedad, lo que queremos vivir y lo que queremos construir de cara al futuro en medio de la vulnerabilidad y de la incertidumbre. No caigamos en la trampa de soluciones fáciles ni de promesas prometeicas. Frente al pretendido poder del Estado son imprescindibles espacios sociales donde pueda ser acogida en su unicidad y relacionarse con los otros más allá de la pura búsqueda del beneficio o del ególatra ascenso promocional. Es por ello por lo que la relación del sujeto con el Estado siempre debe estar mediada por las estructuras sociales intermedias como son la familia y cualquier tipo de asociación civil y, además desde la puesta en práctica de la subsidiariedad (Athié y Ros, 2019). Un individuo aislado es fácilmente manipulable por el poder y por el mercado. Un agregado de individuos es el alimento perfecto del Leviatán.

Hace falta reactivar la conciencia social. Conciencia que pasa, en primer lugar, por el desarrollo del pensamiento crítico entendido como la búsqueda insaciable de la verdad frente a la cultura dominante hija de ideologías neopaganas, del poder político y económico. El análisis social hoy en día es más necesario que nunca, hace falta una sociología no sectaria, que no esté impregnada de ideología marxista o liberal y que aborde con urgencia el tema del poder, de la manipulación, de los medios de comunicación, de la familia, de la mujer... Hace falta la sociología en las universidades católicas, de las cuales está tradicionalmente excluida a causa de sus orígenes y sus mayoritarios paradigmas anticristianos, pero también

de su supuesta competencia con la filosofía. Sin reflexión social sería tantas veces caemos en la elucubración teórica ajena a lo que acontece en la calle y en las redes culturales y de poder.

Igualmente, conciencia que pasa por darnos cuenta de que el camino no se encuentra ni en la potenciación del colectivismo neocomunista que propugna Žižek (2020), ni en ahondar en el individualismo como ha propuesto reiteradamente Giddens (1994, 1997), ni en desarrollar un macroestado globalista recomendado en su día por Beck (1998) o Bauman (2001, 2017) y que resuena a nivel operativo cada vez más desde instituciones, que cabría estudiar muy a fondo, como *open society*.

No se puede encarar esta crisis desde la emoción sino desde el compromiso con la más cruda realidad. Las emociones en estos momentos nos pueden llevar tanto a la desesperanza y la ansiedad, como a falsos optimismos por una excesiva confianza en el ser humano. Nuestras decisiones en estos momentos se nos escapan, se nos oscurecen... , también ellas se han encontrado en «arresto domiciliario». Es necesario «entrar en la realidad», poner en activo nuestra capacidad de decisión, de esfuerzo y, sobre todo, de sufrimiento. ¿Somos capaces? Sabemos que sí y lo hemos demostrado.

Es imprescindible «colocar» a cada actor social en su sitio sin hegemonías preestablecidas para ninguno de ellos. El Estado aunando esfuerzos por el bien común y siendo capaz de gestionar metas que engrandezcan todo aquello que nos pueda unir en humanidad. El mercado siendo capaz de ofrecer bienes y servicios desde la propiedad

privada de los medios, pero con un destino universal de lo producido. Un asociacionismo civil, que libre del intervencionismo político y económico a través de las subvenciones, sea defensor del débil y del necesitado. La familia como lugar de acogida incondicional de la persona en todas sus fases vitales, desde la concepción hasta la muerte natural, y generadora de capital social a través del don incondicional (Donati, 2009). Y, dentro de todo este entramado social, la persona como ese ser único e irrepetible, condicionada, pero, en última instancia, libre y siempre capaz de generar nuevas realidades relacionales que nos hagan crecer en humanidad.

Junto con todo ello, permanecer. Esta es la piedra angular. Guardar el compromiso que Dios tiene con cada uno de nosotros por el Bautismo y la Eucaristía que nos lleva a poder persistir al lado del que sufre, como ejemplificaba el apunte histórico de los inicios del cristianismo. Y permanecer no tanto en «las cosas de Dios», que son importantes y nos ajetrean en muchas ocasiones, sino permanecer «en Dios» para desde ahí saltar a la misión. Hoy en día, en esta posmodernidad acelerada e hipermutante, la fidelidad, especialmente en las peores situaciones, es un rayo de eternidad en el mundo. Mirando a María constantemente, que siendo experta en humanidad supo permanecer al pie de la cruz.

El anuncio *kerigmático* fue transformando la vida de las personas, haciendo surgir pequeñas comunidades y creando una cultura de la vida donde, como apunta la *Didaché* (Ruiz Bueno, 1979), los cristianos no abortaban, no abandonaban a sus hijos ni a sus enfermos. La Iglesia no

es una ONG, va mucho más allá: es poseedora del secreto de la Vida Eterna y por eso es capaz de cuidar la vida en cualquiera de sus ámbitos y, así, transformar la sociedad. Sobran muchos «tenemos qué» y «debemos hacer» que rozan el pelagianismo, pero también sobran otros tantos «Dios lo hará» que a veces huelen a luteranismo.

En este momento la Iglesia triunfante nos abre una vía de acción concreta frente a estas dos dificultades que en no pocas ocasiones nos acechan «desde dentro» y ante el escenario que se nos pone delante. Nuestros santos, hermanos mayores en la fe, supieron encarnar cada uno en su época el Evangelio, completaron en su generación los sufrimientos de la cruz de Cristo (Col 1, 24). Como predecesores es importante fijarnos en ellos y, desde su experiencia de la fe encarnada, orientarnos a la acción.

Son muchos, pero en estos momentos de urgencia ante el mundo, me vienen a la mente... la donación por los últimos de san Pedro Claver en Cartagena de Indias o de santa Teresa de Calcuta y la entrega hasta el contagio de san Damián de Molokai, la fidelidad a la verdad ante el poder político de santo Tomás Becket y santo Tomás Moro o el incansable anuncio de la misma por san Ignacio o san Juan Pablo II, la educación en piedad y letras de José de Calasanz o la formación de buenos cristianos de santa Laura Montoya, lo oculto en la misión de santa Teresita del

Niño Jesús, la alta dignidad de los pobres que supo reconocer san Vicente de Paúl, la intercepción constante por los demás ante el Padre de san Pío de Pietrelcina, la santificación en el trabajo de san Josemaría Escrivá, el ardiente anuncio de Cristo de san Luis Bertrán (patrono de Colombia y nacido y fallecido en Valencia), el amor a las Escrituras de san Jerónimo, la ardiente pasión por el Señor de santa Catalina de Siena o santa Teresa de Jesús, la fidelidad a Cristo de san Vicente... son tantos. Si ellos fueron capaces de ser luz en medio de su generación por gracia de Dios y por su sí confiado y total, ¿es que nosotros somos menos cristianos que ellos? Lo recuerdo... eran Doce y «muy humanos».

En fin... pertrechados con las armas de la luz dispongámonos al combate, al fundamental, al que no es contra la carne ni la sangre (Ef 6, 12). Es momento de estar centrados y eso significa poner el centro en Cristo, no en nosotros mismos. Porque en la medida en que Él sea nuestro centro, cada uno de nosotros podremos entrar en nuestra realidad y desde ahí, injertados en la Vida, servir a los demás dónde, cuándo y cómo sea. No necesariamente por una Iglesia más grande sino por una Iglesia que sea luz, sal y fermento en estos tiempos de incertidumbre social, porque como tantas veces afirmó con contundencia san Juan Pablo II (1987), «el amor (*caritas*) vence siempre».

Referencias bibliográficas

- Agustín de Hipona. (1983). *Las confesiones*. Barcelona: Planeta.
- Athié, R. y Ros, J. (2019). *Subsidiariedad: Familia, comunidad y sociedad política*. México: Tirant Lo Blanch.
- Bauman, Z. (2001). *La globalización: consecuencias humanas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2009). *Ética posmoderna*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998). ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización. Paidós: Barcelona.
- Benedicto XVI (2010). Exhortación Apostólica Verbum Domini.
- Benedicto XVI (2017). *Fe y futuro*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Donati, P. (2009, 13 de mayo). *Le virtù sociali della famiglia*. Lectio doctoralis en la concesión del doctorado honoris causa al prof. Pierpaolo Donati por el Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia, Pontificia Universidad Lateranense. Ciudad del Vaticano.
- Donati, P. (2019). *Sociología relacional de lo humano*. Pamplona: Eunsa.
- Fforde, M. (2013). *Desocialización: La crisis de la posmodernidad*. Madrid: Encuentro.
- Francisco (2013). *Exhortación apostólica «Evangelii gaudium»* sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html.
- Francisco (2013, 27 de julio). Discurso del Santo Padre en la Vigilia de oración con los jóvenes. *Viaje apostólico a Río de Janeiro con ocasión de la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/july/documents/papa-francesco_20130727_gmg-veglia-giovani.html.
- Francisco (2015). *Carta encíclica «Laudato si'» sobre el cuidado de la casa común*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html.
-

-
- Francisco. (2014, 19 de septiembre). Audiencia a los participantes en el Encuentro Internacional «El proyecto pastoral de Evengelii Gaudium». https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/september/documents/papa-francesco_20140919_nuova-evangelizzazione.html.
- Giddens, A. (1994). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Madrid: Península.
- Giddens, A. (1997). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Granados, L. y De Ribera, I. (eds.). (2011). *Minorías creativas. El fermento del cristianismo*. Madrid: Didaskalos.
- Han, B.-C. (2014a). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Han, B.-C. (2014b). *La agonía del eros*. Barcelona: Herder.
- Han, B.-C. (2020, 17 de abril). El coronavirus bajo el liberalismo. Byung-Chul Han: vamos hacia un feudalismo digital y el modelo chino podría imponerse. *Clarín* https://www.clarin.com/cultura/byung-chul-vamos-feudalismo-digital-modelo-chino-podria-imponerse_0_QqOkCraxD.html. Última consulta 20 de agosto de 2020.
- <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=233363>.
- Juan Pablo II. (1987, 2 de abril). Discurso del Santo Padre a los jóvenes. *Viaje apostólico a Uruguay, Chile y Argentina*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1987/april/documents/hf_jp-ii_spe_19870402_giovani-santiago.html.
- Juan Pablo II. (1990). *Carta encíclica «Redemptoris missio» sobre la permanente validez del mandato misionero*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_07121990_redemptoris-missio.html.
- Juan Pablo II. (1993). *Carta encíclica «Veritatis splendor» sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_06081993_veritatis-splendor.html.
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock*. Barcelona: Paidós.
- Klein, N. (2020, 8 de mayo). Screen New Deal. *The Intercept*. <https://theintercept.com/2020/05/08/andrew-cuomo-eric-schmidt-coronavirus-tech-shock-doctrine/>. [Consultado el 20 de agosto de 2020].
-

-
- Lipovetsky, G. (2003). *Metamorfosis de la cultura liberal: Ética, medios de comunicación, empresa*. Barcelona: Anagrama.
- Nguyễn Văn Thuận, F.-X. (2004). *Testigos de esperanza*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Ollero, D. J. (2020a, 25 de febrero). Escándalo en Google: así «espía» a millones de niños en el colegio y en su casa. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/tecnologia/2020/02/25/5e5459fc6c8366368b4577.html>. [Consultado el 20 de agosto de 2020].
- Ollero, D. J. (2020b, 15 de abril). Así «ciberpatrulla» el Gobierno las redes sociales en busca de «discursos peligrosos». *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/tecnologia/2020/04/15/5e95fe5dfc6c8305188b4644.html>.
- Pablo VI. (1975). *Exhortación apostólica «Evangelii nuntiandi» acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo*. https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost-exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html.
- Pérez Adán, J. (2017), La cuarta cristiandad. *Anales Valentinus: Nueva Serie*, (8), 363-378.
- Pérez Colomé, J. (10 de abril de 2020). Apple y Google se alían para facilitar que las apps para rastrear el coronavirus estén en todos los móviles. *El País* <https://elpais.com/tecnologia/2020-04-10/apple-y-google-se-alian-para-crear-un-sistema-de-rastreo-del-coronavirus-que-no-necesite-descargar-una-app.html#:~:text=Apple%20y%20Google%20han%20anunciado,vida%20m%C3%A1s%20o%20menos%20normal>. [Consultado el 20 de agosto de 2020].
- Ros, J. (2017). Hacia una sociedad más humana. El paradigma relacional de Pierpaolo Donati. *Ánfora*, 24, 165-187.
- Ruiz Bueno, D (1979). *Padres apostólicos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Stark, R. (1999). *La expansión del cristianismo. Un estudio sociológico*. Madrid: Trotta.
- Teresa de Jesús. (1969). *Las moradas o el castillo interior*. Barcelona: Bruguera.
- Weber, M. (1993). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Whyte, D. (2014). *Vulnerability. Consolations: The solace, nourishment and underlying meaning of everyday words*. Many Rivers Press.
- Žižek, S. (2020). *Pandemic! COVID-19 shakes the world*. OR Books.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de vigilancia*. Barcelona: Paidós.
-